



El Comandante Carlos en un mitin en el frente en 1936.

Ahora estoy viejo y puedo ver hacia atrás sin lamentaciones ni arrepentimientos. Volviera a hacer eso que hice porque era justo hacerlo. En todo caso he estado siempre convencido de que lo fue... Llego un día desde hace muchísimos años. Advertí como el trévido de muchísimos años; han cambiado mi opinión sobre las personas, los hechos, las situaciones, los movimientos. Las certezas son todas caducas. También ahora vivo en una crisis personal los acontecimientos de todos los días. Sé que he vivido de modo contradictorio. Pienso que quien no siente contradicciones dentro de sí no es un hombre sino un robot. El diario representa mi tormento frente a las certezas caducas, frente al hecho de que poco a poco desaparece un mundo de combates, fuentes, sinodios, y que no aceptamos a renovarlo lo bastante con hombres nuevos, a la altura de los problemas.

En la URSS se han producido cambios en los últimos lustros. Tanto pequeños aunque difusos cambios pueden a la larga producir un salto de calidad. El problema, un problema de dimensiones históricas, es que los vértices de aquel gran país advierten tales mutaciones, comprenden que no es posible, sin correr grandes peligros para la suerte misma de la paz mundial, tener medida a una sociedad como la soviética en una rígida armadura de acero. Esta sociedad, que entorpeció los movimientos de un gigante de enormes recursos y potencialidades materiales, culturales y humanas, se la va "centralismo democrático". Pero los hechos allí han demostrado ampliamente cómo de esa fórmula hasta hoy ha quedado sólo el centralismo, mientras que no hay democracia.

Soy un viejo comunista... Estoy convencido de que la libertad para los trabajadores, para los explotados, para todos los hombres, está en el socialismo, una sociedad sin patronos, sin clases, pero también sin jefes absolutos e indiscutibles. He trabajado y luchado con la III Internacional, la creada por Lenin, porque Lenin creía en la revolución mundial. Después, con Stalin, se convirtió en otra cosa. Al finalizar 1928 me pareció tener una idea clara de las relaciones que debían existir entre los partidos comunistas adheridos a la Internacional y el partido comunista de la URSS. Era el año del VI Congreso de la Comintern, de la expulsión de Trotsky, del estallido de la disidencia entre Stalin y Bujarin. En aquel congreso apareció por primera vez el principio de la identificación del socialismo con el Estado soviético. La fidelidad a la URSS se convirtió en la piedra angular del internacionalismo. De ahí se desprende, como consecuencia, el criterio de una subordinación absoluta de otros partidos comunistas al partido guía, al soviético. Quien no compartía ese criterio quedaba fuera, era expulsado. La expulsión equivale a la ignominia, como para un sacerdote despreciado por la Iglesia Católica.

Me he formado y he visto gran parte de mi experiencia en esta realidad, en esta dimensión histórica. Estos principios tienen no sólo un preciso significado político sino también un valor moral, personal, que tocabais directamente a cada uno de los militantes. "El comunista es un hombre de un temple especial", decía Stalin. Por lo que a mí toca, yo no estoy dispuesto a llevar el tipo de vida de los miembros del aparato legal del PCI o de la Escuela Leninista de Moscú. Ya no siento un nexo de tipo visual con el Partido, como si se tratase de una entidad externa, abstracta casi, a la cual debía entregarme todo yo, mis sentimientos, mis dudas, mi capacidad de razonar. Qué sea se debe a mi espíritu libertario, a la intolerancia sentido desde muy joven contra toda forma de disciplina forzada, impuesta. He tenido siempre la sensación de estar en el filo de la navaja en mi relación con el partido, y antes con los partidos, porque estoy adherido al PCI desde su fundación, pero en mi vida de revolucionario trabajé durante más tiempo en muchos otros partidos comunistas, en el de Estados Unidos, en el soviético, el mexicano, el cubano, el español... He tenido problemas, contrastes, choques. Pero una certeza viene

de mi conciencia no he traicionado jamás ni mis ideas ni a mis compañeros.

Tengo la impresión, más frecuente cada vez, de que nos hallamos en cierto punto, de frente a un muro. No acertamos a admitir que la doctrina de nuestro partido no ha sido suficientemente renovada. Que si se piensa bien, en el fondo es todavía la misma de los viejos bolcheviques, de Lenin. Y después, de Stalin. Es verdad que hemos rechazado los principios del Estado-guía, del partido-guía, pero en la base, en el fundamento de la vida del partido queda el centralismo democrático: dos términos difícilmente conciliables, como la experiencia enseña. Todo viene de ayer, de raíces profundas. ¿Y si deberíamos admitir que las raíces están contaminadas? Aquí el muro se derrumba. En Polonia se debe reconocer que el partido ha fallado y debe pagar, que Solidaridad ha sido un movimiento espontáneo, condicionado únicamente a la voluntad de sus afiliados, a los cuales se debe dejar de tutelarlos contra las influencias extranjeras. El movimiento de masas, no la Iglesia, debe tener el derecho de actuar como interlocutor político frente a un partido serio, sincero, no subordinado a "hermanos mayores". Pienso frecuentemente cómo habrían sido las cosas si se hubiera dejado proseguir libremente la experiencia de la Primavera de Praga, de 1968; si se hubiera entendido como una señal positiva para todo el mundo socialista, ya que un partido se regenera encontrando el consenso y el apoyo de la clase obrera, de la juventud. Esa primavera del socialismo habría podido florecer en todas partes, aun en la URSS, rompiendo la sumisión ávida y enmudecida de viejas teorías ya insostenibles. El monolitismo, el partido único, el Estado-partido... No se crea más nada. Si sobre aquellos principios el movimiento comunista se ha afirmado y ha crecido, hoy es necesario que sean despedazados, o bien enviados a la tumba. Es un discurso que no pertenece sólo a los países del socialismo real sino también a nosotros, aquí, en Italia. Nosotros queremos la tercera vía. Pero a veces parece un camino en el cual se interrumpe continuamente los trabajos. ¿Dónde, qué lugar de Europa occidental se ha transferido el centro de la revolución? Es necesario discutir esto, involucrando a todo el partido, a los trabajadores, a las fuerzas intelectuales avanzadas, abriendo una confrontación real y continua de posiciones, sin temor a la disidencia, sin marginar a los disidentes. No halláramos el coraje para abrir este muro del centralismo porque temíamos volver a quedarnos desnudos, no saber gobernar en un pluralismo auténtico que no se cristaliza en los comités.

Ninguno puede decirme que he llegado entre los últimos a la cita con similares reflexiones. Siempre he tratado de proceder en primera persona con mis opiniones sin esperar instrucciones desde lo alto. Lo he hecho cuando exponía costaba mucho más que ahora. En 1974 se publicó un libro mío, el "Día del XX Congreso, no porque en el partido me dijeran: "has hecho bien". Sé también que no era muy grato. He tenido pocas y reticentes críticas. No obstante, hasta ahora es el único testimonio directo, desde dentro, de aquel acontecimiento que ha marcado como un paréntesis nuestra historia. Reflexión sobre eso que yo experimentaba día tras día en Moscú mientras se desarrollaba aquella cosa que tenía la oscura grandeza de una tragedia griega. ¿Se pretendía qué el diario sistematizara todos los problemas teóricos y políticos tratados en aquel congreso? Ni siquiera los mismos historiadores lo han hecho todavía. No era un libro contra Juchov sino contra el estalinismo. El estalinismo que sobrevivió a Stalin. Las críticas, las reservas, el sufrimiento que pasó que experimentaba durante las sesiones en la inmensa sala del Kremlin, venían de la idea de eso que Juchov y quienes lo rodeaban habían sido hasta la muerte de Stalin. Los métodos no cambiaban gran cosa. Stalin había expulsado a Trotsky y lo sucesivamente a Kárenin, a Bujarin de las peores infamias. Juchov ahora echaba la culpa de todo a Stalin, lo sacaba del mausoleo, lo expulsaba de la historia. Pero no criticaba, antes exaltaba al partido, con su monolitismo, la práctica de la unidad con la que y con él se aprobaban, después de Stalin, todas las cosas que hizo y deshizo Juchov. Qué no podía ser de otro modo, no le habrían permitido de pronunciar aquellas denuncias. Pero la persistencia de aquellos mecanismos llevarían también a a que decidiera todo él solo, hasta cuando, en 1964, fue "dimitido", no mediante la lucha política sino con un complot y luego, a su vez, cancelado en la historia de la URSS y del partido comunista.

Yo vi aquellos jornadas moscovitas como una suerte de pesadilla. Había sido invitado al Congreso en tanto que secretario del PC del Territorio Libre de Trieste, un partido próximo a la extinción, porque ya estaba tomada la decisión de fundirlo con el PCI. Por otra parte, no tenía más razón de ser. La función de tal territorio había acabado en 1954, con el memorandum de Londres firmado por Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, que restituía Trieste a la administración italiana. La acogida de Moscú a mis consideraciones había sido correcta pero fría. Nadie me había perdonado el trauma que se sucedió apenas días antes, entre fines de mayo de 55, con mi artículo sobre el "Golpe de Bora", publicado en el semanario del partido de Trieste. Era un artículo que exponía públicamente y inequívocamente una abierta disidencia con el discurso pronunciado por Juchov en el aeropuerto de Belgrado, en su reunión con Tito después de siete años de ruptura, de luchas, de polémicas infamantes de acuerdo con la resolución de la Comintern (Oficina de Información de los Partidos Comunistas) de 1948: aquel explosivo documento con el cual Stalin había querido condonar a la Yugoslavia de Tito y a su partido comunista, porque ellos intentaban gobernar su casa sin someterse a las directivas soviéticas. Aquella ruptura había abierto uno de los capítulos más oscuros en la historia del movimiento comunista. Había sido el pretexto para realizar una campaña de atroces depuraciones en las democracias populares. Valerosos dirigentes comunistas fueron expulsados del partido, echados de sus cargos, encarcelados, torturados. Muchos terminaron en la horda, como Rak, en Hungría; Slansky, en Checoslovaquia; Petrov, en Bulgaria. La acusación era siempre la misma: desviación nacionalista, espionaje, colusión con Tito y el "imperialismo".

Muchos de nosotros, en Trieste y Venecia Julia, habíamos visto lo un avivamiento terrible de aquella lucha sin cuartel, de aquel loco vendaval persecutorio. En 1945, al final de la guerra, milaneses de comunistas y de obreros de Trieste, de los asileros de Montefalco, del Friuli, habían decidido pasar a Italia, a Estovnia, a Croacia. La exaltante epopeya de la guerra de liberación ganada por los pueblos yugoslavos, la voluntad de contribuir a la construcción de una sociedad nueva, socialista, inspirada en el fuerte espíritu internacionalista de la clase obrera triestina y juliana, habían producido aquel fenómeno de emigración en masa. El PCI, en el reporte de Togliatti al V Congreso de 1945, había hablado de "comprenderlo, pero no aprobarlo". De improviso, en 1948, milaneses de trabajadores y de comunistas italianos en Yugoslavia se hallaron obligados a realizar una dramática elec-

De México, el estalinismo y la revolución

El pasado 9 de noviembre murió, a los 83 años de edad, el comunista italiano Vittorio Vidali, quien estuvo en México a fines de los veinte y entre 1939 y 1947.

Militante de la tercera Internacional durante varios lustros, compañero y amante de Tina Modotti en los diez últimos años de vida de la célebre fotógrafa, conocido como el Comandante Carlos Contreras en la guerra civil española, en

la que fue uno de los creadores del legendario Quinto Regimiento, Vidali representó como pocos la heroicidad, el romanticismo y las limitaciones de la generación fogueada en los años duros del estalinismo. Pero también, y parece necesario decirlo, él es de aquellos que como Valentín Campa, sin apartarse nunca de su clase social, han sido capaces de llevar la autorricia a extremos impenables para sus detractores.

Vittorio Vidali

ción; o de parte del país en que vivían o con la resolución de la Comintern. Casi todos obedecieron a su vocación internacionalista, a su adhesión a la URSS, a la certeza de que la razón estaba de parte de Stalin. Muchos regresaron a Italia, muchos otros terminaron en la cárcel, sufrieron vejaciones, torturas y largos períodos de prisión en durísimos campos de concentración. Fue un drama que en Trieste vivimos y se puede decir que día a día durante casi siete años. Antes, dentro del partido, había un debate batallón con el grupo dirigente que se inspiraba en Lúbera, y cuyo único objetivo era llevar a los comunistas triestinos a luchar por la anexión de Trieste a Yugoslavia. Una política que no tenía en cuenta el cuadro internacional ni el carácter, la historia y las aspiraciones de la ciudadanía, que había incitado el desencadenamiento del peor nacionalismo italiano y permitido a los fascistas levantar cabeza. El partido estaba como sofocado por una dirección autoritaria, basada no en el consenso sino en las maniobras y el autoritarismo. El sentido de la resolución, con su denuncia de las "desviaciones nacionalistas", fue por eso inmediatamente aceptado, significó una suerte de liberación. Real el partido recuperó su apoyo y confianza, acercando poco a poco a salir del trágico aislamiento a que había sido conducido.

Ahora, en mayo de 1955, Juchov se trasladaba a Belgrado para zanjir el desagravio de 1948 impuesto por la prepotencia de Stalin. La iniciativa era justa. Yo había sido advertido, algunos meses antes, durante una visita a Moscú. Me lo había dicho un representante del PCUS, Cvilagin. Allí se haría una autocrítica retórica, más acentuada de la parte soviética. Era una normalización de las relaciones a nivel estatal. El resto, nosotros, comunistas triestinos, algunas relaciones con los yugoslavos los habíamos ya restablecido, aunque estaba abierto el doloroso brío de las persecuciones contra los "cominforistas" italianos. Pero en su discurso en Belgrado Juchov había más allá de cuanto se había previsto. La ruptura de 1948, en sus palabras, resultaba el fruto de una conjura, de falsos documentos elaborados por Boria y Abakumov, "agentes del imperialismo" infiltrados en las filas del PCUS. En suma, el mismo estilo de Stalin, que veía toda la historia del movimiento comunista sobre un trapecio de conjuras y de la lucha contra ellas. Desapareció todo fundamento objetivo de las críticas al PC yugoslavo, que nosotros habíamos compartido sobre la base de la experiencia vivida por nosotros. Reaccionamos escribiendo un editorial en el cual se decía abiertamente que no estábamos de acuerdo "con todo eso que estaba contenido en la declaración del compañero Juchov", porque nosotros, agragado, habíamos pagado "aquella vicisitud" con nuestros sufrimientos, con nuestras experiencias, sin intervención de una Boria ni de agentes del imperialismo". El escándalo fue enorme, porque nunca, antes de esa ocasión, un dirigente de nuestro partido comunista, un pequeño partido por añadidura, había osado discurrir públicamente del secretario general del PCUS. Yo, en fin, reivindicaba como un mérito aquello de "tener principios, carácter, dignidad, honestidad política y moral".

Ésta es mi naturaleza. No puedo fingir nada. Es más fuerte que yo, que todo cálculo. Se impone en forma prepotente en los momentos de alto, en los recuerdos de mi militancia política. Qué mis reacciones en las sesiones del XX Congreso, en aquella atmósfera extraña, indefinible, que respiré en Moscú en aquellos días, ante las perturbadoras revelaciones que recibí.

ner una parte activa y directa en su desenvolvimiento. Los dirigentes mexicanos pagaron duramente. Después de pocos meses de la conversación con Browder, la IC envió a México a Vittorio Codovilla, el argentino que por sus errores políticos en España había sido sustituido por Togliatti, y a Ricardo Martínez, un venezolano. Con la autoridad de emisarios de la Comintern, acusaron de oportunismo la línea de "unidad a toda costa", adoptada en 1937 por el PCM de acuerdo con la indicación de la IC, cuyo referente máximo se llamaba Earl Browder. Pusieron en pie una comisión investigadora, hicieron convocar a un congreso extraordinario y, en 1939, Laborde y Campa fueron expulsados del Partido.

Yo iba hacia México mientras estaba en curso esta campaña turbia e inquietante, y el complot para asesinar a Trotsky secretamente avanzaba. Como tengo ya dicho, después de la partida de España, mi meta, según las indicaciones de Elena Stavova, debía ser Estados Unidos. Desembarqué en Nueva York el 23 de marzo, sin problemas, provisto de un pasaporte regular de la República de España, extendido a Carlos J. Contreras, profesor de Historia. Tina, a su vez, que partió en otra nave después de mí, fue extrañamente bloqueada a bordo, no obstante que ocultaba su identidad bajo la de la señora María Ruiz, ciudadana española. Sólo algunos días más tarde pude regresar el faja a Veracruz. ¿El incidente que la había ocurrido debía considerarse casual? Qué alguien lo había premeditado para allear, para instigarme también a seguir hacia México. Un consejo explícito en tal sentido me vino de la mujer de Browder, Irene. Según ella, la policía estadounidense sabía de mi presencia y me buscaba. Stachet, un camarada de EU que conocía desde los años 20, me acompañó a ver a un médico para que revisara mis heridas, que no sanaban, y me habló de México y también de él, de Trotsky, del peligro que representaba, de la posibilidad, para mí, de desajazar una del acción política. Ahora, muchos años después, se ha venido a saber que Stachet era un agente soviético; precisamente, quien que acertó a hallar el modo de hacer conocer a Silvia Aguilov, secretaria de Trotsky, al hombre que la había atraído: el español Ramón Mercader, alias Frank Jackson, más, Jacques Monard, designado desde el principio como asesino. Jamás un crimen fue dispuesto con mayor anticipación y llevado a término mediante operaciones tan complejas y enreñadas como éstas.

El permiso para entrar a México lo obtuve gracias a David Alfaro Siqueiros y su mujer, Angélica Arenal. La familia Siqueiros entera, porfirinista, por un malentendido espíritu de dedicación a la Unión Soviética, se veía después dramáticamente comprometida en el fallido asunto a la casa-fortaleza de Trotsky, en Coyoacán, el 24 de marzo de 1940, entre Browder en Nueva York, me dio la dirección de un camarada de EU en la ciudad de México, recomendándome establecer contacto con él. Fue al término de una cena en casa de ese estadounidense, algún tiempo después de mi llegada, que Vittorio Codovilla expuso bruta y mentemente la "necesidad" de liquidar al grupo de Laborde-Campa. "A la muerte política" —proclamó con su acostumbrado tono sentencioso— es necesario que siga la muerte civil y moral". Tuve entonces la percepción de que se estaba preparando algo extraño, incomprensiblemente perverso. Me reuní con Codovilla y no participé en más juntas con la comisión que llevó al congreso extraordinario a expulsar a Laborde y Campa. Yo mismo me hallaba aislado en el seno de la emigración comunista española, señalado como "sospechoso". Más tarde fui, a mi vez, expulsado del PCM, en el cual, por otra parte yo estaba inscrito! Enrique Lúbera, el gran comandante con el cual había colaborado en España, proveniente de Moscú, me informó de una investigación abierta sobre mi comportamiento durante la guerra. Me sentí envuelto en una especie de red oscura, impalpable, de la cual yo acababa a deslindar el dibujo y a comprender la finalidad. El extraño Saqueo de Tina en Nueva York, las sugerencias de Irene Browder para que buscara refugio en México, los discursos de Stachet, el permiso obtenido para mí por Siqueiros, el domicilio del estadounidense en la capital, los feroces propósitos de Codovilla... Todos los detalles, las particularidades de aquellas situaciones que entonces no podía comprender, los fui reuniendo poco a poco en el curso de los años.

Trotsky* trasladó a México a fines de enero de 1937. El PC mexicano tenía una clara y precisa posición de hostilidad. La comisión sindical, el prestigioso CTM guiado por Vicente Lombardo Tolerado, hombre de izquierda no comunista, definió a Trotsky como un "contrarrevolucionario". En 1938 se iniciaron los trágicos procesos moscovitas contra Bujarin y Rykov, otros colaboradores de Lenin, y contra Káshinsky y Yagoda, otros acusados y culpables confesos) de espionajes conjuras, en las cuales Trotsky figuraba siempre como el odioso líder, el cerebro dirigente y organizativo. Una machacona campaña propagandística lo definía como el peor enemigo del socialismo en todas partes del mundo, un "monstruo" que se debía aplastar sin piedad. Fue entonces que un presunto delegado del Comintern, pero en realidad hombre de la policía secreta soviética, se presentó ante Ramón Laborde, secretario del PC mexicano, como portador de una orden precisa: debía darse apoyo, colaboración y nombres en favor de un proyecto para asesinar a Trotsky. David Alfaro Siqueiros, en 1940, dio también el nombre del agente de la NKVD legado en 1938 se llamaba Leonid Eltington.

Estas revelaciones están contenidas en el libro de memorias publicado no hace muchos años por Valentín Campa, ahora entre los mayores dirigentes del partido mexicano. Laborde rechazó la propuesta. El PCM sostenía una encendida, violenta campaña política antitrotskista, pero repudiaba la idea del crimen. Las repercusiones, en México y a escala internacional, habían sido tremendas, aun para la misma Unión Soviética. El dirigente mexicano consideraba a Trotsky un ajoujado en el plano político. Su IV Internacional resultaba pobre cosa. En su desesperación antestalinista, el exarle bolchevique se arriesgaba a comprometerse con las peores fuerzas reaccionarias estadounidenses del Comité Dies o del grupo de John Dewey, cuyo antiovietismo asumía connotaciones fisonómicas. Asesinar a Trotsky hubiera significado meter en una crisis a las fuerzas revolucionarias mexicanas y acamarrar grave daño a la imagen de la URSS. A las objeciones de Laborde, el "delegado" respondió con graves amenazas. Laborde, Campa y Rafael Carrillo, preocupados, se reunieron en Nueva York con el secretario del PC de EU, Earl Browder, en su calidad de miembro del ejecutivo de la "II Inmigración". Y Browder aprobó sus posiciones. "Yo hablaré a Moscú", dijo. Pero ¿qué no lo consideró necesario, porque algo seguramente no sólo sabían de la operación sino que debían te-

Vidali según Siqueiros.

En México, mi actividad principal se desarrolló en el plano periodístico. Colaboraba asiduamente en *El Aguilar*, el diario de la confederación sindical de mi gran amigo Vicente Lombardo Tolerado. Y muchos de mis artículos resultaban indudablemente a tono con la gran campaña antitrotskista, conducida con el lenguaje agresivo y truculento que caracterizaba la propaganda comunista de entonces.

Uno de los momentos más duros para el movimiento fue después de la noche entre el 24 y el 25 de mayo de 1940, cuando Siqueiros, con un grupo de ex-voluntarios mexicanos de España y de mineros de Jalisco, encabezó el asalto a la casa de Trotsky. Un hombre del servicio de protección, Robert Sheldon Harte, abrió una puerta a los asaltantes. Fue un encuentro a balazos con los otros guardias quienes arrojaron granadas, pero no hubo víctimas. Se dice que Trotsky había sido advertido del ataque. Siqueiros, en sus memorias, escribía que trataba de cumplir solamente con una acción demostrativa, para inducir al gobierno mexicano a alejar a un huésped indeseable. En seguida los periódicos mencionaron mi nombre como participante o inspirador del ataque. El cillibre artista, estoy convencido, fue el instrumento de una provocación orquestada desde lo alto de la política, la voluntad de "rescatar el honor" de los comunistas mexicanos en las confrontaciones con el "monstruo trotskista", todo eso contribuyó a hacerlos cumplir un curso inasumido y absurdo... Justo un mes más tarde, el 25 de junio, el cadáver de Sheldon, el estadounidense cómplice del asalto, fue encontrado en una casa de campo de Siqueiros. Era alguien que sabía demasiado, ciertamente mucho del pintor y su alto gallo. Por su parte, todavía estando oculto entre los mineros de Jalisco, el gran David Alfaro no evitaba ciertamente hablar. Recibía reporteros, daba entrevistas. En una de ellas, concedida al semanario *Ahora* de Santo Domingo, mencionó el nombre de Leonid Eltington, el agente de la NKVD que a finales de 1938 había traído de Moscú la orden de asesinar al "profeta desarmado". Pocos días antes del atentado, había aceptado su invitación a cenar con un grupo de mineros de Jalisco, donde en 1939 había organizado la lucha insurreccional. Una cena "a la mexicana", festiva y ruidosa; no era ciertamente la organización de un complot. Siqueiros no admitió nunca haber querido asesinar a Trotsky y en los varios encuentros que tuvimos años sucesivos evitó siempre equívocos su operación, ni yo pensé jamás renovar la amistad con él. Grande como artista, pero infantil como hombre, mi carácter siempre.

Todos los participantes en el asalto fueron pronunciados y encarcelados. En mi celda, nada contó al jefe de la policía, general José Manuel Nájera. El juez instructor, Ramón Carrancá Trujillo, me exoneró completamente. Y todavía, la campaña de prensa contra mí, promovida por Diego Rivera, años antes pasado al trotskismo y secretario de la IV Internacional, alimentada sobre todo por los periódicos estadounidenses y el FBI, no conocía tregua.

Mi lapidación política se reinició con furor multiplicado después del 20 de agosto de 1940, cuando Trotsky fue asesinado por Ramón Mercader. El crimen había sido preparado con la habilidad y fantasía de un autor de novelas policíacas. Stachet, mi antiguo compañero de Nueva York, hombre de confianza de Earl Browder, fue quien se conocieron en París Silvia Aguilov y un joven belga, Frank Jackson. A presentarnos fue Ruby Weil, una periodista estadounidense ligada a Stachet, que gozaba de la confianza de Trotsky. Jackson era un hombre guapo, atractivo. Boro Raymond, Silvia se enamoró de él. Se comprometieron. El hijo se guio a México, donde por otra parte yo había estado, en la cárcel, en 1941, supere que Jackson vivía en la misma casa, la Ermita, en la cual Siqueiros tenía su estudio. Jackson fue presentado por Silvia en el domicilio de Trotsky, una verdadera y apropiada fortaleza vigilada noche y día, en la calle Viena, en Coyoacán. Se presenta como Jacques Monard y se convierte en un esdúo visitante del cual nadie descubre. El 20 de agosto entra en el estudio del viejo bolchevique, con el pretexto de hacerle leer un artículo suyo. Mientras Trotsky junto al escritorio dobla la cabeza sobre las hojas, entra un pistolero de bajo la gabardina y lo golpea con terrible violencia en la cabeza. Trotsky muere al día siguiente en el hospital. Arrestado, Monard se proclama un "trotskista traicionado". Jura haber actuado solo, sin cómplices, por motivos personales: Trotsky se oponía a su matrimonio con Silvia Aguilov. Pero más tarde añadirá que quería mandarlo a Rusia para llevar a cabo "actos de sabotaje", para destruir el poder soviético e instaurar el fascismo. Exactamente el muestrario de la propaganda soviética antitrotskista. Después se descubrió que en realidad no se trataba de un belga; el verdadero nombre de Jackson Monard era Ramón Mercader, español. Fue condenado a 20 años de prisión. Curiosidad la pes que luego primero a Praga y después a Moscú, donde lo proclamaron héroe de la Unión Soviética. Murió varios años después en Cuba.

No habló más de la conjura, de la cual probablemente fue uno de los cómplices y no sólo de él. En ella se hallaron envueltos indudablemente también nombres desconocidos. Yo no fui nombrado entre estos, aunque luego de muchos años transcurridos se ha querido a toda costa incluirme. Y cuanto menos documentadas, tanto más pesadas y fantásticas resultan las acusaciones, con todo y que, terminada la investigación más cuidadosa sobre aquel delito, se excluye mi nombre, no se hacía referencia alguna a mí. No me amparo por tanto en el testimonio de un prestigioso y autorizado comunista como Mario Montagnana, que en aquellos años se hallaba en México y fue siempre un amigo muy querido. Habló de adversarios declarados. A partir de Isaac Deutscher, el más grande partidario y colaborador de Trotsky, que ha escrito un libro fundamental, *El profeta desarmado*. Igualmente, tampoco se habla de que me halla escapado de aparecer en otros volúmenes como *Vida y muerte de Trotsky*, de Víctor Serge y Natalia Sedova, mujer del oculto; *Cómo fue el asesinato de Trotsky*, de A. Sánchez Salazar, el coronel que arrestó a Siqueiros y a todo su grupo; o *La GPU en el movimiento trotskista*, de George Vrenskamer. No política, antes he pensado en una convergencia objetiva, o algo similar, entre los servicios secretos soviéticos y americanos. En todo caso ambos, movidos por razones y objetivos opuestos, estaban interesados en marginarme del movimiento obrero. Por el contrario, ninguno tocó a Earl Browder, el secretario del PC de EU, miembro del ejecutivo de la Comintern, que seguramente sabía del complot antitrotskista. Después de la conferencia de Teherán entre los tres grandes (Stalin, Churchill y Roosevelt), Browder escribió, a fines de 1941, un famoso ensayo intitulado *Teherán*. En él teorizaba sobre el fin de la lucha de clases, la desaparición de las crisis económicas del capitalismo y la función progresista de Estados Unidos en el mundo. En consecuencia, proponía la disolución del Partido Comunista y el inicio de una colaboración de la clase obrera con la burguesía, lo que conduciría a la transición al socialismo sin dolor y sin conflictos. Esta



Cartón aparecido en el diario del Quinto Regimiento.

increíble teoría oportunista, que conduciría a la crisis y, prácticamente, a la desaparición de los comunistas estadounidenses como partido, quedaría sin respuesta por año y año. Solamente hasta la fin de la guerra, en mayo de 1945, me fue dado a leer un artículo de Jacques Duclos contra el "broderismo", una doctrina que en el entendimiento había reducido a ruinas consecuentes también en México y en toda Sudamérica. Su mejor periodista en el ambiente latinoamericano fue Vittorio Codovilla, delegado de la Comintern que hizo expulsar a Laborde y Campa acusándolos exactamente de "oportunistas", pero en realidad porque se oponían al proyecto de asesinar a Trotsky. Las cosas de Codovilla están sepultadas en los muros del Kremlin. De esta manera jamás Moscú, siempre astuta y severa, siempre pronta a inexorable para juzgar implacablemente toda forma de "desviacionismo", toleró tanto tiempo, sin reaccionar, una farsa como esa del "broderismo". En su obvia determinación de querer destruir también físicamente a su mortal enemigo, Stalin se había mostrado dispuesto a pagar cualquier precio: el costo político de la enorme impresión negativa suscitada por el crimen, la preventiva liquidación de los dirigentes del PC mexicano, la pasiva aceptación del broderismo y la crisis política del movimiento comunista en EU y en América del Sur. Aun cuando se cometió a combatir su teoría y fue expulsado con la marca de traidor, Browder no resultó nunca más visto por Moscú. Más aún, en 1947 fue recibido en la capital de la URSS, se reunió con Molotov y quedó con Stalin. En EU fungió como representante de las casas editoriales soviéticas.

Partido, Estado, policía política, Internacional, entonces todo se sobrepone y se identifica en la obediencia ciega a un hombre que seguramente confundimos con el socialismo. Sé por experiencia personal que la GPU tiene siempre en la mira, por todo el tiempo que pueda transcurrir, al que considera un enemigo; o cuando menos una persona no útil. Del mismo modo, el caso Mercader, el caso Browder y el caso Codovilla, demuestran que a los "huyos" no los abandona jamás.

Muchos nos reprochan que hemos cometido grandes errores. Sí, muchos errores de estrategia y de táctica, también errores graves que hemos pagado caro. Basta pensar en el caso de los partidos comunistas de Alemania, Austria, Polonia, España, Estados Unidos, América Latina... Pero hemos ido adelante. ¿Y saben por qué? Porque hemos estado con la gente, en medio de la gente, luchando junto a los pobres de la tierra por sus reivindicaciones, por su libertad, contra la opresión, por la paz entre los pueblos. He aquí por qué hemos vencido. Los trabajadores se han reconocido en nosotros y nos han visto siempre presentes.

Llegado a los 80 años, de los cuales 66 son de militancia revolucionaria, hago a menudo estas reflexiones. Estoy satisfecho de haber vivido todo eso y puedo decir que las vicisitudes y los años no han esterilizado mi corazón con el cinismo, el pesimismo, la incertidumbre ni la duda. Tal vez pienso que la juventud no es tan sólo una fase de la vida sino también un modo de sentir, un estado de ánimo... Me siento ahora joven y creto, como Vallent Courturier, que el comunismo no es tanto el futuro como la juventud del mundo. Si alguna cosa puede enseñar mi pasado, y el de muchos otros combatientes revolucionarios, considero que estará en eso: contribuir lo nuevo implica luchas, pesadas fatigas, sacrificios y sangre. Nadie regalará nunca nada a quien no acepte el mundo como es y quiere cambiarlo.

Encamarse por una ruta integrada cuesta quizá más de lo necesario. No sólo por los errores, inevitables en toda construcción, sino por la violencia, los injustificables crímenes incluidos en esta construcción. He aquí de un error, o más, o por haber aceptado pasivamente principios y modelos incompatibles con la idea misma del socialismo: el poder absoluto de un jefe, la prevención totalitaria de un aparato estatal apartado de las masas, la anulación de todo auténtico proceso democrático. Hemos atravesado un oscuro, interminable túnel. Estamos saliendo. Las causas, las razones, están apareciendo claramente ante nosotros. No nos limitemos a teorizarlas. Debemos empujarlas de nuestro modo de ser comunistas, de la vida de la sociedad socialista, sin abandonar las ideas que han encendido la esperanza de los hombres, sin renunciar ni apartarse. Espero se pueda reconocer pronto, muy pronto. (Traducción de Humberto Muecajochi)